

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN EL TEMA DE LA PAMPA

EN la moderna poesía inglesa y en uno de los poemas más celebrados de la hora presente, el poeta John Masefield hace una viva evocación de la pampa argentina. Narra el cantor que en un sitio agreste de Inglaterra, dos amigos se enamoran de la misma muchacha, Michael y Lion, de los cuales uno resuelve abandonar su país natal, cansado de «códigos y leyes compuestos por el rebaño para mortificación de los pastores» y buscar la vida en un lugar donde «el hombre no haya usado nunca el arado ni leído un libro, un país en que soplen vientos limpios y la sangre ardiente no se transforme en nuestra propia enemiga».

El Río de la Plata es ese país. Allí, dice el personaje del poeta, el personaje saciado de su país de origen, allí prosperan hombres como yo. En esa región el ganado abunda como el agua en el mar. Mareadas de reses cruzan la pradera y la vida es infinita en sus inmutables variaciones. Allí se puede cabalgar durante días enteros, sin valladas ni ataduras. Allí encontraría ese futuro que buscaba, sin hombres demasiado usados por la civilización, demasiado aburridos, el spleen, el spleen, hipocondriacos y adictos al suicidio. Allí, en el Río de la Plata estaba el porvenir.

Michael, lejos de Inglaterra, se instala en la pampa, adonde después viene a buscarlo Lion, su amigo londinense. Pero

Michael ya casi no entiende el idioma en que le habla su compatriota. El es dueño de cielo y tierra, sin límites, a perderse de vista, en la pampa. Acampa al aire libre en las épocas de marcar los animales a hierro y fuego, se alimenta de carne asada, bebe mate amargo y duerme envuelto en un poncho pampeano. Este desentendimiento, este no entenderse, este sentirse, después de ser tan amigos, lejos uno del otro, induce a Lion a volverse a Inglaterra y allí se casa con la muchacha que era el amor de los dos. Al saberlo el inglés-pampeano embarca hacia su tierra y riñe con su amigo, que le ha robado su amor, como riñen los criollos, como riñen los gauchos, con poncho y cuchillo. Uno y otro se hieren a muerte y cuando la heroína se entera, corre al lugar de la pelea, y al encontrar los cuerpos sin vida, la sangre se les iba por las tremendas heridas, la vida se les iba, aquella se desploma en un «campo de narcisos».

De aquí el nombre del poema «The defodil fields» (los campos de narcisos). Poema narrativo que abarca unos tres mil versos, escrito para deleitar e informar, cantar y contar, propio para el oído del que gusta, en entonación de verso, adentrarse en esta clase de temas. John Masefield, considerado a la cabeza de la gran poesía inglesa de nuestro tiempo, en sus cantos a la Argentina, nos da la vivencia de su paso por esas tierras y sus tipos humanos: gauchos, ganade-

ros, estancieros, en los marcos del llano de los inmensos ríos, y la pampa. Sobre todo la pampa ilimitada, con el ganado mugiente, los testuces de las vacadas, los toros piafantes, todo en la brumosa melancolía de la pampa verde, corrales de potros, perros cimarrones, cueros de reses secándose al sol.

«La llanura —dice— parecía no tener fin. Manadas de vacunos que olfateaban lo desconocido, surgían de entre las sombras husmeando el aire con los cuernos erguidos y piafando con violentos mugidos». Y al hablar del río, canta: «El río brumoso se desliza como sangre cansada. Bajo el intenso calor los juntos brillan como de metal. Barrancas olorosas a mora y espinillo amarillo. El ganado se desliza irreal, como fantasmas pasan. Una inmensa soledad, la inmensa soledad de la pampa entre las manadas...»

¿Poesía descriptiva? ¿Poesía narrativa? Nuestros cantores jóvenes se alzarán de hombres y dirán: esta clase de poemas son todo, menos poesía, siguiendo el pensamiento de Baudelaire. Pero nosotros pensamos que buena falta nos hacen todavía estos largos poemas descriptivos. Hablar de nuestras cosas, trasladarlas al poema hace falta. Y el poeta inglés John Masefield nos da el ejemplo.

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

EL HOMBRE Y SUS IMAGENES

EN un paraje de relativa montaña, pintoresco, próximo al litoral, me admiro ante un negociante simpático, casi enternecedor. El turismo ha despertado el ingenio de los indígenas, y cada cual procura sacarle al asunto la tajada que está a su alcance. Hay quien especula con solares o construye hoteles; hay quien abre una tienda de comestibles, una peluquería de señoras o un puesto de helados, y la muchedumbre menor se aplica a ejercer los oficios propios de la temporada: albañil, camarero, cantante, lo que sea. En el lugar que visito, unos cuantos vecinos explotan el truco del «paseo en burro». Un rebaño de asnos discretamente enjaezados quedan a disposición de los forasteros, según tarifas consignadas en un cartelón. Yo no entiendo nada en materia de solipedos, pero me parece que éstos son de una raza especial: más bien pequeños, trotadores, de hocico modoso y orejas discretas. En todo caso, no concuerdan con el asno agrícola de antaño, cuya estampa y cuyos ruidos dejaban mucho que desear. Chicos y grandes se encaraman en las cabalgaduras, y la recua da una vuelta por los alrededores. «Se ve que son de ciudad», comenta alguien. «Sí, claro», contesto.

Los clientes son de ciudad: se les ve en la cara. Disfrutan con el contacto de la bestia. Rien y gritan, con la jovial sorpresa de descubrir que el cuadrúpedo está vivo, se mueve, jadea, apunta un amago de coz, hace sus necesidades sin contemplaciones... Aunque, la verdad, tal como van las cosas, hasta para nosotros, gente rústica, el asno acabará siendo un espectáculo insólito. Empezará a serlo. La mecanización del campo ha eliminado ya gran parte del repertorio zoológico de tiro y de carga. Yo todavía conozco bueyes de yunta en mi pueblo, y el esplendor de caballos y yeguas vigorosas, traídos de Francia tal vez, animales de ancas inmensas y bello arrogante, que trabajaban el arroz. Y mulas rucias. Y rucios que arrastraban el carro minifundista, la vida del gitano, el comercio del trapero... Se evaporó la antigua «escudería» natural. Las máquinas han suplantado a los brutos preciosos. Cambian los modos de producción, y no es para lamentarlo. Una de las consecuencias de la novedad es que, ni siquiera por rutina o por inocencia, es posible conservar un sencillísimo burro en el estable rural. No compensa. Su manutención resulta demasiado cara.

Muy cara, supongo. Tanto, que no sé hasta qué punto llegarán a ser rentables los «burros-taxi» para veraneantes. Puede que los meses de euforia den pingües ganancias. Los bañistas de las playas cercanas son legión, y una escapada a practicar esta hipica folklórica, por lo menos una vez, les ayuda a matar el aburrimiento. Pero luego, hasta el estío siguiente, los asnos se limitarán a comer: un gasto absoluto. Y envejecerán, y todo lo demás. No se harán ricos sus propietarios. Digo yo. Y mejor si me equivoco. Ahora bien: no les faltará público para el paseo. Incluso tendrán más cada año. A medida que pase el tiempo aumentará la perplejidad humana ante la fauna y la flora.

Entre los mismos labriegos —motorizados—, la presencia de un asno tendrá visos de acontecimiento circense. Para la población urbana será como contemplar un dinosaurio; y subirle a los lomos, por tanto, constituirá una experiencia digna de ser pagada. Los jumentos ingresarán en los safaris artificiales, de didáctica y entrenamiento, que se instalan en territorios civilizados. Es una manera de decir. Aquí el «burro-taxi», y en otras latitudes el «camello-taxi»... Mientras dure.

Contemplo el ir y venir de los borricos, y me pregunto a qué viene su mala fama... La Humanidad suele servirse de los animales para reducir a símbolo muchos rasgos de su propio comportamiento: las fábulas y los insultos lo certifican. Los insultos o las comparaciones, que todo es uno y lo mismo. «Un lince», «un águila», son fórmulas para señalar la listura de un individuo, a veces demasiado listo. «Palomas» y «halcones» —la alusión a le cetera nos devuelve a la Edad Media, ¡ay!— se han convertido en clichés de uso internacional, últimamente. «Gorila» es un término a caballo entre el vocabulario de los gánsters y los hombres públicos, con el sentido de «guardaespaldas». «Mono», reducido a adjetivo, por una extraña paradoja, significa bonito o gracioso. La gallina y el conejo representan la cobardía; el zorro, la astucia; el cocodrilo, con sus lágrimas, la hipocresía; el can, la fidelidad; la cigarra y la hormiga, eso que ustedes saben, etc. Al pobre asno le hemos colgado el sambenito de la estupidez. «¡Burro!», exclamamos para calificar a alguien que nos parece particularmente necio.

«Burro...». Ignoro lo que ocurre en idiomas. En los de acá, el pollino, con sus múltiples nombres, constituye una referencia injuriosa. Y es interesante el hecho. ¿Cómo se ha llegado a la conclusión de que el asno es «poco inteligente» o «falta de inteligencia»? ¿Y desde cuándo?... Mi erudición en el tema es escasa. Me atrevo a sugerir, sin embargo, que el prejuicio no procede, por lo menos, de la Biblia. En el Nuevo Testamento, el portal de Belén y el domingo de Ramos conceden episódicamente una distinguida consideración a la bestia. En el Nacimiento, ¿fue un «asno» o una «mula»? No recuerdo lo que explican los Evangelios canónicos: seguro que los apócrifos cubren la laguna informativa, y en un texto francés que consulto leo «âne». En los papeles de la Ley Vieja está lo de la burra de Balaam: una burra ejemplarmente razonable, inteligente y todo, que evita los obstáculos que ve, aun a riesgo de recibir el castigo de su amo ofuscado. Para mayor lin, Jeevá hizo hablar al asno, y puso en su boca palabras útiles, providenciales... Como en las tradiciones populares del área judeo-cristiana la Escritura pesa tanto, es lógico comenzar por este lado. ¿Entonces?

Que yo sepa, el burro más insigne de la cultura occidental nos llega de las jurisdicciones de la Filosofía. Es el de Buridán. Juan

Buridán fue un escolástico francés del siglo XIII, «hombre de rara doctrina», a quien se atribuye una curiosa preferencia por ejemplificar sus teorías a cuenta de los pollinos. Enzarzado en el pseudoproblema del «libre albedrío», Buridán se sacó de la manga esta preciosa historia: «Un asno hambriento, que tuviese ante sí y a igual distancia dos montones de heno de tamaño y aspecto parecidos, no sabría a cual acudir para comer, y moriría de inanición». Más o menos. Y durante siglos, en las cátedras y en los libros esta broma ha dado mucho que hablar, y muy doctamente, sin duda. No me meteré en honduras acerca de las derivaciones especulativas que el chascarrillo —puro humor negro, medievalmente esópico— brinda. Ningún filósofo, empezando por Buridán, se tomó nunca la molestia de «verificar» lo que realmente haría un burro en la hipótesis propuesta: ¿para qué? La filosofía se alimenta de sus propias objeciones: es un proceso de autogamia intelectual notoriamente pintoresco... ¿Por qué el asno y no el canario?

Pongo el canario como modelo lírico. Cabría repetir el esquema a base del león, del colibrí, del hipopótamo, de la cucaracha; del lince y del águila, además. ¿Vacilarían «teóricamente» tanto como el burro, en situaciones paralelas, o es que el burro murió ante la doble oferta de condumio precisamente porque era un «burro»?... Confío en que el lector no supondrá que estoy «polemizando» postumamente con Buridán. Mi interés por el asunto del «libre albedrío» es mínimo. Me ciño a meditar sobre los asnos vulgares y corrientes y sobre las depravadas connotaciones malévolas que el hombre esgrime a su costa. Quizá Buridán escogió al burro porque en su época el burro encarnaba la torpeza total en el concepto maquina de las multitudes. Su proposición habría sido más convincente —más abstracta, o sea, menos discutible a nivel empírico— si hubiese sido proyectada sobre el unicornio... De todos modos, el burro salía mal parado de la manipulación dialéctica. Estoy dispuesto a admitir que, aunque el asno fuese un animal bastante desprestigiado antes del siglo XIII, el venerable Buridán, inventando una estulticia tan redonda, contribuyó enormemente a ensuciar su nombre.

¿Es «burro» el burro? La «inteligencia» de los animales sería un punto de discusión apasionante. En la actualidad nos afligen riadas de panfletos con presuntos avales científicos, que tratan de confundir más de lo que ya está la situación del hombre en el mundo, a fuerza de buscarle paralelos con las ocas, los terneros o las musarañas. Desde Konrad Lorenz a B. F. Skinner, el panorama bibliográfico es amplio y está de moda. Los «zoólogos» en cuestión, puestos a describir la conducta de sus bichos, se sirven del léxico tradicional, aristotélico-eclesiástico, que empleamos para explicar los tejemanejes humanos. Hablar de «inteligencia» —es decir: manejar el vocablo «inteligencia»— sin discriminación, para refe-

rirnos al lagarto, al antilope, al puma y al hombre —y por qué no a la ameba?—, ¿tiene algún sentido «global»? Y entre los mismos animales: ¿es lícito comparar la liebre con el hipopótamo, la perdiz con la jirafa, el gato con el atún, la trucha con el periquito? Y el asno con todos ellos y con el resto... Quizá, quizá... Sin quizá: el asno es un animal «doméstico». O sea: domesticado. De ahí viene todo. El hombre-domesticador, el hombre-amo, desprecia a las bestias que somete. Incluso a su prójimo, en la medida en que lo domina.

No es una casualidad el que muchos dictarios opprobiosos provengan de este lado. «Borrego», «perro», «gallina», son menciones desdenosas precisamente porque los animales referidos son «vasallos». Como lo es el asno. En nuestra cháchara diaria, echamos mano de las fieras: «es un león», y valga el ejemplo por todos. El asno, antes de ser dócil, fue salvaje: como el perro, como la gallina, como el borrego. El hombre lo dominó: lo domesticó. Y ahí le tenemos. «L'ase resignat», decía Sagarra en un verso. Resignado: sufrido y frugal, aguanta azotes y come lo que le den, y hace lo que le mandan, acarrea, labra, mueve la noria, se deja montar por los niños del turista. ¿Qué más se puede pedir? En docilidad, supera al gato y al periquito, y si la oveja crea menos dificultades al dueño es por una mera razón de volumen y funciones. El burro tiene en su contra eso: el ser suavemente «conformista». ¿Qué remedio le queda? Dar alguna pernada de vez en cuando, resistirse a caminar, proferir rebuznos, no son síntomas descalificadores en cuanto a «inteligencia». Tal vez todo lo contrario...

De hecho, el burro —como el perro, el pato, el caballo, los gatos, los verdaderos enjaulados, los pollos de granja, las almejas de viveros, los delfines de la televisión, etc.— no es un animal «animal». Está historificado: el hombre le sacó de su condición inicial de libertad, le sometió, le incorporó a sus necesidades y quedó ligado a ellas. La «historia» del perro es iluminadora, en este aspecto: los perros son lo que son, hoy, cazadores o mimosos, feroces o de confitería, porque el hombre lo quiso así. Y el asno, otro tanto... Lo que ocurre es que, el mismo hombre, en un rapto de lucidez, ve en el asno «resignado» su propia imagen, y se irrita. El también es dócil y frugal: obediente y parco. De su enojo sale la ira desahogante, diversiva y exutoria: el asno representa el servilismo automático, con leves alternancias intemperantes. El burro resulta ofensivo porque nos recuerda a nosotros mismos. Y no por falta de «inteligencia»... Las «orejas de burro» escolares se inspiraban en un quidprocuo. El maestro daba por cierto que el alumno se negaba a aprender, y le castigaba. El chaval quizá era listo y pigré: lo que de «burro» admitía, en la acusación, era su resistencia, su obstinación, su «inteligente» y reprimida indocilidad...

Joan FUSTER

HENRY-COLOMER, S. A.

comunica el NUEVO TELEFONO de sus oficinas centrales (Aragón, 499)

225 31 41 (14 líneas)

Continúa en servicio exclusivamente para los señores clientes de Peluquería (zona Cataluña) el actual

245 07 07 (3 líneas)

¡¡TELEVISORES!!

Las mejores marcas y modelos 1973

VHF - UHF y color b/n

¡¡Desde 100 ptas. semana!!

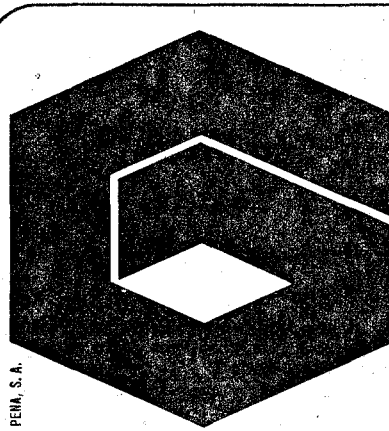
Sin recargo. Sin fiador. Regalamos antena y mesita. Servimos al día. Visitas a domicilio

Tel. 339 32 01

AZULEJOS

Gran liquidación

Lízos de 2 pesetas. Serigrafados a 2'50. Especiales a 3 ptas. Pavimentos a 4 pesetas. TEODORO BONAPLATA, número 3 (junto a Paralelo)



Si tiene ideas de acero, es que piensa en GAMESA

• Estructuras metálicas
• Prefabricados metálicos
• Modulados

Córcega, 415
Tel. *258 91 01
Barcelona-9